ACOTACIONES AL IDEARIO POLITICO DE ANTONIO MACHADO

La lectura morosa e indagante de la obra machadiana nos transfiere, sin apelaciones convencionales, sin recursos tendenciosos, el gradual compromiso del poeta —con licencia de J. P. Sartre— ponderado por la misma cambiante realidad histórica de España. En este orden de cosas, Aurora de Albornoz afirma que tanto su trayectoria vital —la trayectoria vital de don Antonio— como el análisis de los textos correlativos mostrarían de manera axiomática la evolución ideológica y política del autor de «Alvargonzález» que desde un republicanismo burgués hereditario *(sic)* habría de llegar —caminando lentamente, primero; a ritmo acelerado, más tarde— a una posición socialista. Y aquí puntualiza: «Digo posición socialista. No me refiero a «partidos», ya que Machado —lo manifestó en varias ocasiones— no perteneció a ninguno.» Con objeto de virtualizar el compromiso sustanciado, entendemos que la no adscripción expresa a determinadas formaciones políticas —y la validez y alcance de nuestra tesis está sometida hoy a todo tipo de tensiones— en modo alguno inhabilita, ni tampoco menoscaba, para el ejercicio democrático.

La propuesta de Aurora de Albornoz se nos antoja, pues, oportuna, sobre certera y esclarecedora, mayormente en tiempos centrifugadores de timideces y asepsias. Item más, por cuanto nada conculca y aún introduce un elemento de juicio en la criptografía literaria apto para resolver claves e iluminar opacas galerías. Por supuesto, no pretendemos aquí tan exhaustivo, profundo y sugerente estudio, sino sólo el planteamiento y referencia de unos hechos concretos, de unas circunstancias —¿orteguiana u objetivamente contempladas?— que, sin duda, conformaron —radicalizando— las actividades intelectual, artística y humana de don Antonio.

Porque —y salimos así al paso de ciertas peregrinas y dóciles singladuras oficiosas— motivar actuaciones y escritos al amparo de un cuadro clínico, de un síndrome de arterioesclerosis cerebral, de

una patología senil, propicia una imputación poco solvente y de muy escasa fiabilidad: la de una irresponsable, por moribunda e inconsciente, actitud. Actitud que, por otra parte, y en criterio de quienes tales conclusiones exhiben, vulnera sacralizadas intimidades y la pureza que, como valor cultural institucionalizado, administra los presupuestos de una poética de élite.

Dos testimonios acreditados —y son numerosos los que podríamos relacionar, aun sumariamente— avalan la consecuencia —y la coherencia— de Antonio Machado, aun, verdad es, vapuleado, como tantos y tantos compatriotas, por la incivil contienda y las trágicas vicisitudes asentadas en el registro de su sensibilidad. El primero de los aludidos testimonios se refiere a las fluctuaciones de su patrimonio lírico:

> «No veo en estos ejemplos —Ricardo Gullón ha citado previamente «España en paz» y el chirriante comienzo del soneto «La primavera»—, alejados en el tiempo, la menor eficacia poética, y creo que el estro de Machado no podía encontrar en tales pretextos oportunidad de manifestarse con su peculiar manera de expresión. Pero sería injusto aludir a decadencia cuando en la elegía a García Lorca (1937) consigue uno de sus poemás más plásticos e impresionantes, y cuando, como digo, los descensos no están centrados en una parte de la obra, al principio o al final, sino dispersos— en su ocasionalidad verdaderamente rara— en distintos espacios de ella. En cualquier caso, los poemas de juventud no deberán ser considerados técnicamente inferiores a los de madurez, ni al contrario.»

Las —a nuestro juicio— acertadas observaciones críticas fulminan esa hipótesis deleznable de un Machado a quien la enfermedad, el prematuro *senium*, había disminuido de su integridad intelectual como en sus recursos y disponibilidades creacionales, en tanto en cuanto distribuyen los posibles «descensos» cualitativos a lo largo de su andadura poética, disipando así una imagen deteriorada, útil, sin embargo, y a lo que parece, a cuantos, sirviéndose de ella, buscan desacreditar los compromisos ideológicos y sociopolíticos de don Antonio, infructuosamente, en base a una supuesta falta de fluidez en el desarrollo paralelo de ideas y actos en los últimos tiempos de su vida.

En este mismo sentido esclarecedor se pronuncia Juan Gil-Albert, cuando recuerda sus visitas a «Villa Amparo», residencia del poeta y catedrático durante su estancia en la Valencia capitalizadora por aquellos años, de las actividades políticas, administrativas y culturales de la República:

«Allí está él, con toda su luz, pero misteriosamente «imaginado», sin asidero posible. Hacia él, nos volvimos, sin embargo, para que presidiera con su colaboración, cada número mensual de *Hora de España;* y así ocurrió desde el primer número al último. Y creo que se cumplió con ello un azar de los que confieren, a la vida espiritual de un pueblo, contenido significante, es decir, iniquidad propia; y que, en este caso, hizo que nosotros, los jóvenes, en momento tan crítico como aquél en que nos encontramos siendo españoles, tuviéramos a nuestro alcance a un hombre viejo ya— y hasta un tanto olvidado— que durante su vida había prestado atención, en su deambular por los andurriales patrios, a unos aconteceres que si hacían resonar en él las cuerdas silenciosas de la poesía no restaban pulsación a los registros del ciudadano, no por más ocultos menos vibratorios, y cuyas ondas subían incluso, en ocasiones, a la superficie clásica de sus versos, con un dejo de sátira o con el abolengo de una amargura no carente de indignación.»

Tanto la exégesis de la obra como la evocación del hombre nos facilitan información acerca de los embates que sufrió Antonio Machado —¿y quién no?— durante los trágicos años de guerra y aun anteriormente, en el agitado período del llamado «bienio negro». Abatido, conmocionado —llevando a España tan adentro y tan prieta como siempre la llevó el— supo, no obstante, mantener enhiesta su lealtad, con lucidez y fervoz, hacia un régimen con el que se identificó libre y conscientemente: «Aquellas horas, Dios mío —exclamará recordando la efemérides—, tejidas todas ellas con el más puro lino de la esperanza, cuando unos pocos republicanos izamos la bandera tricolor en el Ayuntamiento de Segovia.» Poeta de lo popular, bien arraigado en la tierra o en las tierras españolas, Machado elige —y su elección constituye un acta de compromiso— aquello que barruntó más en consonancia con sus afinidades de hombre atento al pulso de la historia. Subyace en esta elección el viejo republicanismo heredado por vía familiar, así como su escolaridad en la Institución Libre de Enseñanza, además de otras experiencias quizás asimiladas de forma imperceptible, pero que habrían de madurar —junto con el substrato ideológico original— en la medida del desarrollo de los conflictivos acontecimientos propios e internacionales, en un proceso que concluiría, finalmente, en la participación activa y sin ambages, cuando la posibilidad real de la guerra adquirió peso específico. A lo largo del citado proceso no se produjeron rupturas —acaso, vacilaciones e inercias reflexivas—, sino que, de acuerdo con sus previas actitudes sociales, don Antonio alcanzará, no tanto como «político» y sí como intelectual que investiga el entorno y la naturaleza de su tiempo, definidas posturas irrevocables. Categóricamente se

afianza en ellas a través de Juan de Mairena, su irónico «alter ego» que tantas y tantas lecciones —al modo y uso socrático— habría de dictar desde la cátedra del libro o del periódico. Y así escribe: «La política, señores, es una actividad importantísima... Yo no os aconsejaré nunca el apoliticismo, sino, en último término, el desdeño de la política mala que hacen trepadores y cucañistas, sin otro propósito que el de obtener ganancia y colocar parientes. Vosotros debéis de hacer política, aunque otra cosa os digan los que pretenden hacerla sin vosotros y, naturalmente, contra vosotros.»

Absentismo, nepotismo, oportunismo... Tumores, en fin, consuetudinarios en nuestro corpus social, y no tanto por presumibles y alentadas incompatibilidades cívicas, cuanto por rentables maniobras de una corruptela contra la que paladinamente iba a avituallarse don Antonio de luz y aérea taquigrafía.

La nueva miel labramos
con los dolores viejos.
La vesta blanca y pura
pacientemente hacemos.

Laborioso y colmenero, el poeta obra la miel y teje la vesta que habrían de dar, por último, en amargura y mortaja. Pero todo él es ya —con la rúbrica de su agónico éxodo— una gran revelación en la palabra asumida como acto y en el acto equidistante —interina y prudente geometría ideológica— de banderías y abdicaciones. A la hora, pues, de la exégesis, el compromiso devendrá presencia actora, aunque de tono mesurado, en la crónica de aquellos años. Si como afirma el profesor Allison Peers, la nota característica y genérica de la poesía machadiana es su alerta mirada hacia el futuro, en tiempos precipitados en el excipiente de la virulencia y la zozobra, el presente protagoniza y urge una activa participación en la problemática española.

Para salvar la nueva Epifanía
hay que acudir, ya es hora,
con el hacha y el fuego al nuevo día.

Puntualmente acudió don Antonio. Y su palabra habría de inflamarse y de afilarse en la defensa de un mañana diferente y estratificado todavía en la ajena y hospitalaria tierra de Colliure. Se le fue el aliento al poeta, que jamás la voz conciliadora y vigilante de ese mismo mañana tan suyo, es decir, tan de todos.

El nonato Pedro de Zúñiga, heterónimo consanguíneo de los inefables Abel Martín y Juan de Mairena, se programó, en sus orígenes, con supuestas aptitudes hegelianas, pero muy al día. A la reflexión póstuma de sus apócrifos predecesores iba él a incorporar toda una propedéutica que posibilitara el acceso —y el debate— a la joven lírica de la década de los veinte. Don Antonio, precavido y cauto, dispuso el lanzamiento de un nuevo satélite —bien instrumentado— capaz de investigar la naturaleza y el alcance de los, por entonces, más recientes movimientos poéticos. Pero, por lo que fuere, no funcionaron los mecanismos y don Antonio se privó así de la prótesis literaria. Que se sepa, Pedro de Zúñiga nunca ingresó en el escalafón de los complementarios machadianos.

Pero otra nómina no menos cuantiosa y cualificada —aunque quizá, sí, algo más diluida y discutible— posibilita el conocimiento de los factores determinantes de la evolución ideológica de don Antonio. Es una nómina de nombres propios —Jorge Manrique, Góngora, Rubén Darío, Bécquer, Carnot, Kant...— y de hechos —desastre de Cuba y Filipinas, guerra europea, revolución rusa, huelgas generales, II República española, alzamiento militar, defensa de Madrid...— que de alguna manera configuraron los contenidos culturales y políticos de los comportamientos de Antonio Machado.

¿Cómo no advertir, por ejemplo, en la «ausencia de preocupación religiosa», que apunta el citado profesor Peers, la influencia educativa de la Institución Libre de Enseñanza? Don Francisco Giner de los Ríos se inscribe también, sin duda, en ese «rol» de suplementarios que objetivamente habría de transferir —tras un proceso de elaboración personal— sustancia nutricia —una ética, una epistemología, una metafísica— a los posteriores complementos instaurados a título de ampliación de sus caudales intelectuales, por el escritor.

Cuando don Antonio Machado Núñez se traslada a Madrid —en 1883— para hacerse cargo de su cátedra en la Universidad Central, toda la familia marcha con él. Sus nietos Manuel y Antonio, que cuentan nueve y ocho años, respectivamente, de edad, ingresan de inmediato en la Institución, donde cursarán estudios bajo el rigor científico y la metodología integral de Francisco Giner y Manolo Cossío. De allí iban a pertrecharse con todas las armas culturales propias de la burguesía y de la pequeña burguesía —de las «minorías selectas»— liberal y racionalista: republicanismo frente a conservadurismo monárquico; laicismo y anticlericalismo frente a tomismo. En cualquier caso, krausistas e institucionistas critican el viejo orden ideo-

lógico de la España tradicional y patrocinan una «marcha hacia el pueblo», porque, como afirma el historiador Emilio G. Nadal «fue un relevo de minorías. Otra "élite", la burguesa (laica y liberal), sustituye a la tradicional en la posesión de los resortes del pensamiento nacional», en tanto el hispanista Pierre Vilar califica el fenómeno de «hecho aislado y extrasocial».

Antonio Machado, sin embargo, realizaría en la práctica lo que, en principio, no dejaba de ser un programa teórico: sin abdicar de su condición, sin demagogia ni populismo, en el transcurso de los tiempos y movido por toda una serie de acontecimientos históricos, iría entrañándose en el pueblo. Si su maestro don Francisco exclamara: «¡El día que España esté a la altura de su paisaje!», el singular cantor de los campos castellanos iba —años más tarde— a testimoniar en prosa reflexiva y coloquial o con una fluidez periodística nada desdeñable la grandeza y la dignidad del paisaje humano español.

Pero todo ello corresponde a una ulterior etapa del proceso que habría de operarse a lo largo de muy diversas vicisitudes y experiencias, siempre en relación con el amplio y variopinto contexto nacional y europeo.

Por lo pronto nos encontramos ante un don Antonio que confiesa sus más remotos orígenes ideológicos, así como su incuestionable actitud de compromiso frente a los dramáticos acontecimientos que conmovían al país:

> «Estudié —declara en 1938— en la Institución Libre de Enseñanza y tuve por maestros a Giner de los Ríos, Cossío y Salmerón, teniendo como condiscípulo a Besteiro. No es difícil, por tanto, deducir que mi formación había de ser liberal y republicana, que por otra parte había de coincidir con la historia política de mis antepasados, ya que mi padre y mi abuelo eran republicanos fervorosos.»

Y, finalmente, concluye:

> «De ser un espectador de la política, he pasado bruscamente a ser un actor apasionado.»

De aquel período de su vida juvenil guardará siempre un recuerdo devoto para don Francisco, a quien le dedicará, desde Baeza y a raíz de la muerte del ilustre catedrático y maestro, un emocionado elogio:

Su corazón repose
bajo una encina casta,

en tierra de tomillos, donde juegan
mariposas doradas...
Allí el maestro un día
soñaba un nuevo florecer de España.

Don Antonio hereda el sueño, junto con un casi melancólico descreimiento en materia de fe. En este orden de cosas, Ricardo Gullón, en su estudio «Las secretas galerías de Antonio Machado», afirma:

> «Tratado el tema de la muerte, donde debiera surgir algún vestigio de religiosidad, la actitud de Machado es materialista. La muerte es el fin, dice primero: cae el ataúd en la fosa, y el muerto «definitivamente duerme un sueño tranquilo y verdadero», —y más adelante, continúa— Conviene tener en cuenta que Machado nunca fue hombre de acentuada religiosidad; por eso en su obra posterior no se advierten tampoco rastros profundos de sentimiento religioso.»

He aquí, pues, un rasgo tipificador de aquella élite intelectual avanzada, reflejo de unas clases burguesas industriales en abierta discrepancia —intereses económicos contrapuestos de por medio— con la oligarquía representativa de unas estructuras rurales, caciquiles y eclesiásticas. Otros serían la crítica social, la formulación de una estética a partir de la ética, la rebeldía contra los principios vigentes, etc. Notas, en suma, muy divulgadas por la exégesis histórico-literaria y que han venido utilizándose sistemáticamente, con objeto de apuntar un traumático «noventayochismo» de fabulación azoriniana— y conservadora, en consecuencia—, y del que Machado, de acuerdo con la tesis de Tuñón de Lara, se libera por «la fe en otra España nueva» (el sueño transferido por Giner de los Ríos) y «porque estima que la causa patriótica se identifica con lo popular» (la auspiciada «ida hacia el pueblo» deja en él de ser una entelequia).

«LA GUERRA NOS DEVUELVE LOS PODRES Y LAS PESTES»

Toda la problemática social española se ahonda y clarifica con el catalizador de la Gran Guerra. El gobierno Dato declara la neutralidad de nuestro país, pero la conflagración define posiciones ideológicas y políticas, en tanto propicia la especulación desorbitada y el subsiguiente desarrollo de ciertos sectores de la producción —carbón, siderurgia, papel, navieras—. Se agudizan las diferencias entre bene-

ficios y rentas salariales, y las organizaciones obreras adquieren un bien conquistado protagonismo en el vidrioso panorama de aquellos años.

Es entonces cuando don Antonio, por vez primera, al parecer, firma un documento político. Se trata de un manifiesto de adhesión a las naciones aliadas y lo suscriben además, entre otros: Américo Castro, Cossío, Marañón, Menéndez Pidal, Ortega y Gasset, Fernando de los Ríos, Unamuno, Araquistain, Azaña, Azorín, Ramiro de Maeztu, Pérez Galdós, Pérez de Ayala, Valle-Inclán...

La aliadofilia de Machado se decanta —siempre de tono prudente y pacifista, alejada, por igual, del lerrouxismo belicoso y del exaltado carlismo germanófilo de Vázquez de Mella —por cuanto identifica la causa de las potencias aliadas con la defensa de la democracia y del progreso incluso de las clases populares, muy en la línea del dictamen aprobado, por mayoría, en el X Congreso del Partido Socialista Obrero Español (octubre de 1915), en el que contrariamente García Quejido, Verdes Montenegro y otros espigaron la tesis de un conflicto armado más entre países capitalistas.

De la postura de don Antonio frente a los acontecimientos europeos y a las implicaciones de éstos en el desarrollo de nuestra vida social y cultural nos informa, no sólo sus textos en prosa y los poemas de tal época, sino la correspondencia mantenida con don Miguel de Unamuno, de la que traemos algunos fragmentos esclarecedores:

> «Esta guerra me parece tan trágica y terrible como falta de nobleza y de belleza ideal. Después de ella tendremos que rectificar algo más que conceptos; sentimientos que nos parecían santos y que son, en realidad, criminales, inhumanos. Yo empiezo a dudar de la santidad del patriotismo» (Baeza, 31 de diciembre de 1914).
>
> «Yo también, en el fondo, acaso sea francófilo. Mi antipatía a Francia se ha moderado mucho con eso que usted llama estallido de barbarie de las derechas, y además fui siempre [falta algo] por la Francia reaccionaria y, sobre todo, farsante, Francia que, triunfadora, nos había de agobiar con la divinidad de Racine, cosa más lamentable que la guerra misma. La otra Francia es de mi familia y aun de mi casa, es la de mi padre y de mi abuelo y de mi bisabuelo; que todos pasaron la frontera y amaron la Francia de la libertad y el laicismo, la Francia religiosa del *affaire* y de la separación de Roma, en nuestros días. Y esa será la que triunfe, si triunfa, de Alemania. La otra, vestida de pavo real, hubiera sido hace años barrida del mapa por el empuje teutónico. Lástima que tan noble espíritu como Azorín se deje engatusar por esos agentes de L'Action française!» (Baeza, 16 de enero de 1915).
>
> «... A veces, sin embargo, pienso si lo que llamamos falta de voluntad, no será una voluntad que quiera otra cosa distinta a la

que nosotros queremos. Algo así como si nadásemos contra la corriente. Pienso esto como consuelo a la tristeza de ver qué poco ascendiente alcanza sobre las multitudes el esfuerzo de algunas nobles y fuertes voluntades. Lo cierto es que no se ve inquietud por ninguna parte. Y coincide nuestra máxima apatía con la terrible guerra. Si, al menos, tuviéramos el valor de nosotros mismos, de oponer un alma desdeñosa —aunque parezca grotesco— a esos pueblos que hoy guerrean y preparar una guerra nuestra... Pero esto es una quimera. Si carecemos de una voluntad creadora de una finalidad, ¿en qué basar nuestro orgullo? Eso de que nos dejen en paz no puede ser nunca, ciertamente, un ideal, ni menos una realidad» (Baeza, 21 de marzo de 1915).

De este mismo epistolario citamos igualmente algunos otros párrafos significativos —y casi actuales— en los que se cuestionan diversos aspectos de nuestra sociedad.

«Tenía intención de escribirle —la carta data quizá de 1913— cuando leí su soberbia composición sobre el Cristo de Palencia, que encierra tanta belleza y tanta verdad como ésta del éxodo del campo. En esta tierra —una de las más fértiles de España— el hombre del campo emigra con las manos libres a buscarse el pan, en condiciones trágicas, en América y en Africa.»

«Se habla de política —todo el mundo es conservador— y se discute con pasión cuando la Audiencia de Jaén viene a celebrar algún juicio por jurados. Una población rural encanallada por la Iglesia y completamente huera. Por lo demás, el hombre del campo trabaja y sufre resignado o emigra en condiciones tan lamentables que equivalen al suicidio.»

«Aparte de esa vileza —escribe a Unamuno en 1922— que usted señala con tan profundo tino, hay una desorientación grande y una falta de visión clara del problema político entre los que más se precian de comprensivos y aun, tal vez, no faltan hombres de buena voluntad descaminados y descaminantes. Yo tengo buenos amigos, personas dignas de aprecio por muchos conceptos, entre los llamados reformistas. Creo, sin embargo, que como políticos han hecho una labor negativa, porque son los «saboteurs» más o menos conscientes de una revolución inexcusable.»

Otra carta, por último, fechada en Segovia, en enero de 1929, cuando aún el rector de Salamanca permanecía en el exilio, describe así el conformismo de ciertos sectores públicos:

«De política, acaso sepa usted desde ahí, más que nosotros, los que vivimos en España. Aquí, en apariencia al menos, no pasa nada. Y lo más triste es que no hay inquietud ni rebeldía contra el estado actual de cosas. Las gentes parecen satisfechas de haber nacido. Nadie piensa en el mañana. Para muchos una caída en

cuatro pies tiene el grave peligro de encontrar demasiado cómoda la postura.»

Pero a todos estos comentarios y reflexiones epistolares, a todos los trabajos literarios y periodísticos referidos tanto a problemas internos como internacionales, don Antonio acompaña la acción. Día a día su compromiso con la causa republicana se hace más pragmático y adquiere un mayor peso específico.

«LA BREVEDAD DEL CAMINO EN NADA AMENGUA LA INJUSTICIA»

El poeta medita sobre las coplas manriqueñas que Ehremburg ha recitado en «lengua de Tolstoi». La fugacidad de ese tránsito que es la vida ya no le parece, como en otras ocasiones, argumento válido para sancionar desigualdades. Tal vez debió de antojársele que al propio y venerado maestro don Jorge tampoco habrían de cumplirle cabalmente, a la luz de los nuevos tiempos, sus filosóficas estrofas. La injusticia, en definitiva, lo es y cuanto tienda a lenificarla, en base a su menor cuantía temporal, constituye una nueva fraudulenta injusticia, una llamada de los poderosos a la resignación recomendada de los oprimidos.

Pablo Iglesias provoca, con sus «palabras encendidas», las lúcidas conclusiones, que, muchos años más tarde, expondrá don Antonio *Desde el mirador de la guerra.* Pero, en mayo de 1918, participa en una manifestación de solidaridad y pro amnistía para los presos encarcelados por razones sociales y políticas, a raíz de los sucesos de agosto del año anterior, cuando, tras la huelga de los ferroviarios de Valencia, el movimiento, primero reivindicativo, luego ya insurreccional, se extendió prácticamente por todo el país.

Si en sus recuerdos del líder socialista, Antonio Machado insinúa una aproximación a las ideologías populares, no resulta menos cierto que, como él mismo explicita, se le escapan aún las formulaciones marxistas. En su discurso a las Juventudes Socialistas Unificadas, con motivo del 1 de mayo de 1937, se define clara y honestamente en este sentido:

> «Mi pensamiento no ha seguido la ruta que desciende de Hegel a Carlos Marx. Tal vez porque soy demasiado romántico, por el influjo, acaso, de una educación demasiado idealista, me falta simpatía por la idea central del marxismo: me resisto a creer que el factor económico, cuya enorme importancia no desconozco, sea el más esencial de la vida humana y el gran motor de la historia.»

Ausente en él los fundamentos de la economía política, sin una valoración adecuada de las leyes del modo capitalista de producción, Machado, con su honesta y sincera actitud consuetudinaria, reduce a su asunto de simple afectividad la aceptación o el rechazo del materialismo histórico, y se atribuye generosamente la posible falta invocando una formación sin soportes científicos, subjetiva e idealista. La metafísica desplazó a la dialéctica. Habría aquí que rastrear las convicciones éticas de don Antonio, porque, sin duda, nos facilitarían el código capaz de revelarnos su interpretación neokantiana del socialismo, en el sentido de transformarlo en una doctrina moral, de acuerdo con los enunciados del filósofo de Königsberg y especialmente con las ulteriores elaboraciones de que fueron objeto por parte de algunos teóricos socialdemócratas, quienes trataron de superar las contradicciones de las relaciones sociales en base al perfeccionamiento gradual de la humanidad.

No obstante, Antonio Machado, con un amplio criterio de tolerancia y solidaridad —ejercicio de auténtico democratismo—, cooperó decididamente con las fuerzas del socialismo científico, por cuanto suponen «una manera de convivencia humana, basada en el trabajo, en la igualdad de los medios concedidos a todos para realizarlo, y en la abolición de los privilegios de clase». Palabras que implican una verdadera declaración de principios.

Con todo, la Revolución de Octubre conmovió profundamente al poeta español. Sólo que, fiel a su esquema de valores, la examinó a través de la óptica mesiánica de un Dostoyewski, a quien apela para enaltecer las virtudes inherentes al pueblo ruso, inscritas en el marco de la eslavofilia y de una mística del sufrimiento. Pero estas consideraciones no le impiden elogiar a Lenin y aun a Stalin, ni convenir en la oportunidad de la instrumentalización del marxismo, por parte de los dirigentes soviéticos. Y aun cuando manifiesta su extrañeza por la fenomenología revolucionaria, en tanto «el alma rusa no tiene, en el fondo y a la larga, demasiada simpatía por el dogma central del marxismo —el factor económico antes aludido—, que es una fe materialista», concluye, en sus reflexiones *Sobre la Rusia actual*, que «es marxista, pero es mucho más que marxismo. Por eso el marxismo que ha traspasado todas las fronteras y está al alcance de todos los pueblos, es en Rusia en dònde parece hablar a nuestro corazón».

Obviamente, don Antonio observa un cierto eclecticismo y trata de conciliar y, aún mejor, de acomodar el sistema de concepciones filosóficas, económicas y politicosociales de Carlos Marx a un humanismo limitado a oír su propia raigambre burguesa. Como les

sucedió a los socialistas utópicos, Machado desconoce también las leyes objetivas de la historia y se obstina en repechar contradicciones e injusticias más por la vía del voluntarismo y de las argumentaciones morales que de acuerdo con los métodos dialécticos, entendidos tanto como doctrina ontológica cuanto como gnoseología del pensamiento y la cognición.

REFLEXIONES DE MAIRENA SOBRE LA «COMUNA ASTURIANA»

En el decurso del tiempo, la toma de posiciones de Antonio Machado se decanta y configura con mayor nitidez. No sólo medita a lo largo de sus escritos, sino que participa en actos concretos de indudable tendencia izquierdista. Y lo hace siempre —ya está dicho— con mesura y equilibrio, como si en ello le fuera aquel gran respeto que profesó a su pueblo y a sus tierras. Se suceden, pues, las manifestaciones de carácter político que, conforme al proceso de los hechos históricos, serán más abundantes, más diáfanas, más comprometidas. En la anteriormente citada correspondencia con don Miguel de Unamuno hay una carta, de 1922, en la que se puede leer: «Aquí hemos organizado un Liga provincial de los Derechos del Hombre y asistiremos a la sesión de la Junta Nacional para escuchar su mensaje.» Cuatro años más tarde firmará el «Llamamiento de Alianza Republicana» e iniciará un ágil programa de actividades populares. Por último, el 14 de abril de 1931, don Antonio, a la sazón catedrático del instituto de Segovia —desde 1919—, izará, emocionado, la bandera tricolor en el ayuntamiento de dicha ciudad. La realeza —en frase de Sánchez Guerra— había cedido a la realidad, y la República venía a restituir aspiraciones y esperanzas a un sector mayoritario del pueblo español. Para Antonio Machado se cierra un capítulo no ya detentado a título de heredad, sino asumido en un laborioso y responsable proceso de maduración.

Juan de Mairena nace al regazo del *Diario de Madrid* y con la reacción manipulando los resortes de la joven República. Lerroux pasa el testigo a los cedistas, y prosigue la carrera hacia el descrédito y la corrupción. El recién *alter ego* machadiano escribe:

> «En España —no lo olvidemos— la acción política de tendencia progresiva suele ser débil porque carece de originalidad; es puro mimetismo que no pasa de simple excitante de la reacción. Se diría que sólo el resorte reaccionario funciona en nuestra máquina social con alguna precisión y energía. Los políticos que pretenden gobernar hacia el porvenir deben tener en cuenta la

reacción a fondo que sigue en España a todo avance de superficie.»

Para el apócrifo maestro los movimientos revolucionarios de Cataluña y Asturias medulan una amplia reflexión política, tamizada por el estilo entre irónico y esotérico que lo caracteriza. Parapetado tras su novísimo sosias, don Antonio escruta la efímera realidad de aquella «comuna» asturiana que, muy pronto, y pese a la heroica defensa de los mineros, habría de venirse abajo. Es excesivo el empuje del ejército y de las fuerzas marroquíes de López Ochoa. Luego, el siguiente episodio subterráneo ya denuncia la represión. Pero si en sus artículos periodísticos apenas se explicitan los sangrientos sucesos, Antonio Machado, estremecido, los contabiliza y asimila, para mejor esclarecimiento de un ideario, día a día, más firme y radical. El fingimiento literario condiciona cautelas y servidumbres. Y así, difícilmente aquella criatura, docta en retórica y en artilugios para el canto, y por paradoja meditada muerta en 1909, mucho antes de nacer, podría testimoniar los cañonazos de Batet o la gesta de Mieres, si no en sutiles alusiones y en veladas referencias.

Un año después, en el mes de junio de 1935, se celebra en París el Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura. En las declaraciones del prematuramente desaparecido novelista Andrés Carranque de Ríos al *Heraldo de Madrid,* se citan como invitados españoles a Valle-Inclán, Manuel Azaña, Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado, Luis Araquistain, Alvarez del Vayo, García Lorca, Ramón J. Sender y el propio Carranque de Ríos. Se trata de una asamblea de inequívoco y relevante matiz izquierdista, y cuyo denominador común de las diversas y enjundiosas intervenciones de los delegados (Gide, Aragón, Malraux, Forster, Waldo Franck, etc.) se resuelve «en una constante crítica —a veces explícitamente manifestada y siempre implícita en todos los discursos— de lo que el actual sistema capitalista, como cultura, entendida en su más amplio sentido, nos ha legado». Allí se cuestionó una varia y compleja problemática: desde el paro obrero hasta el papel del escritor en la sociedad, sin omitir, por supuesto, el análisis riguroso de los regímenes fascistas. Don Antonio no asistió, no pudo asistir, pero consta su decidida adhesión al mencionado congreso.

En los agitados meses que siguieron al pronunciamiento militar y a las subsiguientes luchas fratricidas se sustancia el manifiesto de la Unión Universal por la Paz, que también avala con su rúbrica Antonio Machado, en nombre del comité español, junto con Julio Alvarez del Vayo, Angel Ossorio, el doctor Hernando y Manuel Azaña.

Por aquellas mismas fechas se publica —primero en *Ayuda* y poco después en *El Liberal*, de Murcia— *El crimen fue en Granada*. La muerte brutal y gratuita de García Lorca —ejecución fría, según la tesis de Ian Gibson o asesinato incontrolado de acuerdo con las sugerencias de Vila Sanjuán, polos ahora de una vidriosa polémica— produjo en don Antonio un agudo dolor que habría luego mudarse —elegíaco y definitivo— en versos irrepetibles:

Se le vio, caminando entre fusiles,
por una calle larga,
salir al campo frío,
aún con estrellas, de la madrugada.
Mataron a Federico
cuando la luz asomaba.
El pelotón de verdugos
no osó mirarle la cara.
Todos cerraron los ojos,
rezaron: ¡ni Dios te salva!
Muerto cayó Federico
—sangre en la frente y plomo en las entrañas—
... Que fue en Granada el crimen
sabed— ¡pobre Granada!— en su Granada...

DEL EXODO, EL EXILIO Y LA MUERTE

Difícilmente se avino Antonio Machado a abandonar —ya para siempre como intuyó— aquel «rompeolas de todas las Españas» que era el Madrid bombardeado de otoño y de metralla. La Alianza de Intelectuales encomendó su evacuación a Rafael Alberti y León Felipe; el Quinto Regimiento trasladaría al poeta y su familia hasta Valencia. Había comenzado un éxodo sin posible retorno.

Alberti nos ha dejado un vivo testimonio de aquella escena:

> «Quizá se encuentre escrito en algún lado. Pero de su sencilla despedida no he podido perder —ni perderé ya nunca— el instante aquel en que don Antonio, con una sinceridad que nos hizo a todos brotar las lágrimas, dirigiéndose a Líster y a Modesto, ofreció sus brazos —ya que sus piernas enfermas no podían— para la defensa de Madrid. Poco más tarde, desde su hortecillo de Valencia escribía el poeta, insistiendo una vez más en su creencia ciega en el pueblo de España:
>
> «En España lo mejor es el pueblo. Por eso la heroica y abnegada defensa de Madrid, que ha asombrado al mundo, a mí me conmueve, pero no me sorprende. Siempre ha sido lo mismo. En los trances duros, los señoritos invocan la patria y la venden; el pueblo no la nombra siquiera, pero la compra con su sangre.»

En esta misma semblanza, Rafael Alberti recuerda cómo, años antes, Antonio Machado accedió a colaborar en la revista *Octubre* —fundada por el mismo Alberti y su mujer— «la primera española que dio el alerta en el campo de la cultura». Machado escribió un breve ensayo titulado «Sobre una lírica comunista que pudiera venir de Rusia», donde, al margen de cualquier consideración cualitativa, afirma:

> «Para triunfar del *solus ipse* (una fe metafísica como otra cualquiera, y precisamente la propia de la sociedad individualista, que vive hoy con el escudo al brazo enfrente de la Rusia soviética) será necesaria una fe comunista —no nos asusten las palabras— que puede engendrarse en el seno de una fraternidad laboriosa.»

Algunos meses después, ya instalado en Rocafort, don Antonio trabaja abrumadoramente. Son frecuentes sus artículos en *Madrid, Cuadernos de la Casa de la Cultura, Nuestro Ejército*... y en la revista *Hora de España*, en cuyo número VIII (agosto 1937) se recoge la intervención de Machado, en el II Congreso Internacional de Escritores, titulada «Sobre la defensa y difusión de la cultura». El congreso fue inaugurado por el doctor Negrín y clausurado por Martínez Barrio, y en él intervinieron, entre otros, Tristán Tzara, Anna Seghers, Juan Marinello, Ilya Ehremburg, Feedor Keliyn, Malcom Comley...

En este mismo año publica don Antonio su último libró *La guerra*, que contiene textos en prosa y poemas ya aparecidos igualmente en diversas revistas. Año inflamado de combatividad lírica, alumbrará además, *Viento del pueblo, España en el corazón* y *España, aparta de mí este cáliz*, de Miguel Hernández, Pablo Neruda y César Vallejo, respectivamente.

Pero el éxodo arrastra al poeta y lo deposita en Barcelona. Es la penúltima etapa de un periplo trágico y doloroso. Antonio Machado es ya un militante activo y no cesa, pese a las condiciones precarias en que vive, en su trabajo de escritor, de comentarista político atento a las coyunturas nacionales y extranjeras. En *La Vanguardia* aparecen puntualmente sus crónicas bajo un epígrafe genérico: «Desde el mirador de la guerra».

De nuevo llega la hora de partir. Es el exilio. «Yo no debía salir de España —dice Antonio a su hermano—. Sería mejor que me quedara a morir en una cuneta.» Una madrugada concluye su artículo de homenaje al general Rojo y dispone la marcha. El almanaque deshoja una fecha: 22 de enero de 1939. Cinco días más tarde

cruza la frontera por Cerbére. Le acompañan, con su familia, Carlos Riba, Navarro Tomás, los hermanos Xirau, el doctor Trías, Corpus Barga...

En Colliure —a horcajadas entre Oxford y Moscú— se cierra el definitivo capítulo. «No volveré a España ni vivo ni muerto mientras siga el actual estado de cosas.» Y allí permanece de prestado en tierra ajena y piadosa, fiel a un ideario político, «limitado siempre a aceptar como legítimo solamente el gobierno que representa la voluntad libre del pueblo», de ese pueblo que «es el lado de España» y junto al que hay que ponerse «si algún día tuvierais que tomar parte en una lucha de clases».

E. CERDAN TATO

Manuel Antón, 11-7.º
ALICANTE